



CONGREGATIO PRO CLERICIS

ASCENSIÓN DEL SEÑOR AÑO A

Citaciones

Ac 1.1-11 :

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9absila.htm

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ajvja.htm

Ep 1.17-23 :

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9axhhka.htm

Mt 28.16-20 :

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9ayx2s1.htm

Entre los acontecimientos de la vida terrenal de Jesús que despiertan más interés, es necesario incluir ciertamente su “ascensión al cielo”, la cual, no va olvidado, sucedió con su propio cuerpo. Sin entender completamente el por qué, los mismos Apóstoles, se dieron cuenta de la extraordinaria naturaleza de este evento, de modo que ya no podían quitar la mirada del cielo: «*Hombres de Galilea, ¿por qué permanecéis mirando al cielo?*» (Hch 1,11).

Como los primeros seguidores del Señor, aún los ojos de los hombres se dirigen hacia las alturas del conocimiento, pero sin encontrar una respuesta que corresponda a las expectativas del corazón.

En este sentido, la ascensión de Cristo podría ser entendida como un abandono de los discípulos, por parte del Maestro bueno; Él que se había mostrado como titular de “un agua viva”, con la cual ya no habríamos tenido más sed (cfr. Jn 4,14), y que había encendido la esperanza de ver reconstruido el “reino de Israel”, entendido como el Paraíso en tierra (cfr. Hch 1,6), y a un cierto punto subió al cielo para ya no regresar, si no *hasta el final de los tiempos*.

En realidad, con la propia ascensión, el Señor no ha abandonado a su Iglesia, como hemos escuchado en el Evangelio de Mateo: «*yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo*» (Mt. 28,20).

Se necesita aceptar la ascensión de Jesús como el evento a través de cual Él, en un modo definitivo ha recibido *«todo poder en el cielo y en la tierra»* (Mt 28,18); principio del cumplimiento definitivo de las preguntas existenciales del hombre, porque es *«en el hijo que subió al cielo»* que *«nuestra humanidad fue elevada»* junto al Padre (cfr. Colecta). La ascensión es por lo tanto la grande manifestación de esto; tenemos la certeza, que viviremos con Cristo en la gloria, con una felicidad plena en el corazón que no terminará jamás.

Ahora todo esto lo *«vivimos en la esperanza»* (cfr. Colecta). La virtud de la esperanza es como el motor que nos permite avanzar en el cotidiano, algunas veces difícil y doloroso, pero, con la misma audacia que tuvieron los Apóstoles, dispuestos a morir, con tal de poner en práctica lo que el Señor les había enseñado.

La Iglesia existe precisamente por esto: por una parte es anticipación y realización aquí en la tierra de aquella felicidad que solo en el cielo podremos poseer por completo; pero por otra, la comunidad de los creyentes es también el lugar en el cual cada uno es llamado, como puede, a ser testigo no solo en «Jerusalén, en toda Judea y Samaría», es decir en el propio ambiente, sino «hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8).

No nos dejemos por lo tanto asustar del hecho que el Señor haya subido al cielo, seguros de descubrir los signos de su dulce presencia y con alegría, trabajemos en la viña del Señor para que a través de la acción del Espíritu Santo, en ella y en nosotros maduren los frutos agradables a Dios. (cfr. Jn 15,2).